Qué tragedia no comunicarnos!



La falta de comunicación ocasiona tragedias matrimoniales, rompe vínculos comunitarios en todos los niveles y hace a los seres humanos, extraños unos de otros. Nacimos para amarnos y la expresión que abre el intercambio de sentimientos, ideas, apoyos espirituales y materiales es la comunicación.

Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo mantienen una comunión perfecta, plena y la comunión de las tres divinas personas es infinita en amor. Nosotros estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, por lo que amar es nuestra vocación y comunicarnos es esencial para que seamos auténticamente humanos.

Todos deseamos ser atendidos, escuchados y amados. En el fondo todos deseamos comunicarnos con los demás y entablar lazos profundos, cálidos, honestos, pacíficos y enriquecedores con los otros. Una gran frustración que termina muchas veces en depresión consiste en bloquear los canales de comunicación entre nosotros.

Por ser miembros de la familia humana, por pertenecer a esta creación que está comunicada vitalmente por todos los elementos que la componen, por ser pues parte de un todo que está vivo, en movimiento y en proceso ascendente hacia su centro que es Cristo, quien recapitula todo y lo entregará al Padre, el ser humano se contradice esencialmente cuando se encierra en sí mismo.

No puede crecer una persona integralmente si no mantiene un nivel óptimo de relaciones humanas y con la naturaleza. El ser humano es esencialmente relacional, vinculado a todo y muchas de las enfermedades mentales y emocionales provienen del aislamiento empobrecedor a que se someten muchas personas. El corazón que no encuentra eco en otros corazones, que no experimenta la resonancia afectiva que proviene de otros seres humanos, padres, hermanos, amigos, colegas, cónyuges, siente tristeza, dolor y amargura y termina odiando a todos y a todo.

Más aún, el corazón humano que no trasciende lo que existe y no se encuentra con el Dios bueno y santo, que le da paz, fortaleza, seguridad, amor y le brinda la vida eterna, es un corazón hueco, vacío, que se arrastra por la vida, esperando que algún día acabe todo, ya que no mantiene esperanza alguna en otra realidad que la caduca y pasajera. Es un corazón al que sólo lo anima lo que es perecedero y transitorio, por lo tanto, vive respondiendo a estímulos en sí inconsistentes, haciéndose dependiente de lo externo, como un títere movido por las circunstancias.

Ese ser que no se comunica con Dios fabrica sus dioses falsos, con los que entabla una comunicación absurda, porque esos ídolos no responden personalmente. El dinero, el placer, el poder, los vicios, sea el sexo libre, juegos de azar, licor, droga, y cualquier otro, como dioses reciben la adoración del ignorante espiritual, y sólo responden con silencio y desprecio.

Por la falta de comunicación los esposos terminan desconociéndose y despreciándose. Al no abrir su corazón y revelar su intimidad de alegrías, miedos, ilusiones, dolores, esperanzas y tristezas, ambos poco a poco van considerando al otro como un ser extraño con el que por la fuerza tienen que convivir, pero con el que no sienten nada de amor. Y es que sin comunicación no hay amor.

Muchas veces los padres erigen muros infranqueables con los hijos, porque no les han enseñado a comunicarse. Los hijos crecen sin poder experimentar afecto y seguridad, compañía y acogida, porque los padres no han creado el ambiente adecuado para la convivencia. Entonces los hijos crecen desamparados, solos y con resentimiento por el rechazo. Eso los hace buscar en la calle el calor familiar que no han recibido en la casa, enredándose generalmente en problemas y con consecuencias dañinas.

Por la falta de comunicación se crean barreras entre razas, naciones y religiones, encerrándose cada uno en sus creencias y prejuicios, ocasionando con eso muchas veces conflictos que terminan en violencia. Sin comunicación no hay comprensión, no se puede conocer al otro y ver sus virtudes y aceptar que es mucho más lo que nos une que lo que nos divide. Sin acercamiento y diálogo no puede haber paz en el mundo.

Jesús le pide al Padre en Juan 17,21-23 “que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les di la gloria que tú me diste para que sean uno como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que sean plenamente uno”. Que se cumpla en nosotros el deseo de Cristo, de comunicarnos y amarnos y así romper los muros que nos dividen y ser uno en Él, con quien nosotros superaremos cualquier adversidad, porque con Dios somos invencibles.